

cion de cañones del mismo calibre, para que obrase con la columna que mandaba el general Aranda. La demás artillería con que estaban dotadas las fuerzas pertenecientes á los cuerpos de ejército de Occidente, y primera division del de el Norte, toda encomendada al teniente coronel Gilberto Torres, se había colocado y distribuido convenientemente en los campamentos establecidos sobre las alturas inmediatas á los caminos de Méjico y la Cañada.»

El ejército imperialista al ver la actitud que guardaban las fuerzas republicanas, comprendió que se disponian para un ataque sobre la plaza.

La suspension de la salida que debía haberse verificado el 26 del mes anterior, había dado por resultado que las tropas imperiales se hallasen sitiadas el 14 de Marzo, sin que hubiese llegado á la plaza el general Olvera con sus fuerzas de la Sierra, y sin que en la ciudad se hubiesen construido obras serias de fortificacion ni se hubiesen acopiado víveres, puesto que nunca tuvieron intencion los imperialistas de encerrarse en Querétaro, sinó de marchar al encuentro de sus contrarios, en el momento que llegase el expresado general Olvera.

El Emperador no tenía ya que esperar ningun auxilio que no fuese mejicano.

El mariscal Bazaine, con las últimas tropas francesas se había embarcado en Veracruz y marchado para Francia el día 12 de Marzo, esto es, dos antes de los momentos en que las tropas republicanas se disponían á dar el asalto sobre Querétaro.

Tampoco podía esperar fuertes refuerzos de gente, puesto

que la capital, Puebla y Veracruz sólo tenían muy escasa guarnicion, y se hallaban esas ciudades á considerable distancia unas de otras, y la primera, que era la más próxima á Querétaro estaba á cincuenta y siete leguas de esta última ciudad.

La importante plaza de Veracruz contaba con tan poca fuerza, que el general imperialista D. Manuel Perez Gomez, á quien entregó la plaza en la mañana ^{1867.} del 11 el comandante francés, ordenó que se abandonasen las poblaciones de Orizaba y Córdoba, y que sus insignificantes guarniciones se reconcentrasen en aquel puerto.

Los recursos de dinero y soldados que pudiera recibir el ejército de Querétaro, debían ser, en consecuencia, muy pocos, toda vez que no estaba en campo abierto para reclutar gente y alcanzar numerario sinó de los que vivian en las cuatro ciudades que conservaba el imperio.

Lo contrario sucedía con los republicanos. Las numerosas propiedades de los individuos que se habían manifestado adictos á la monarquía, habían sido confiscadas por orden del gobierno de D. Benito Juarez, y todos sus productos eran aplicados al sostenimiento de las tropas republicanas. Respecto al reclutamiento, tenían la facilidad de levantar por medio del sistema de leva, seguido constantemente, toda la fuerza que necesitasen, puesto que eran dueños de la campiña; y en cuanto al armamento lo recibían abundantemente de los Estados-Unidos por el puerto de Matamoros, Tampico y otros puntos.

La situacion del emperador y de su ejército en Querétaro, era pues, poco lisonjera.

Todas las tropas reunidas en la ciudad, sólo ascendían, como tengo referido, á nueve mil hombres. El número de piezas de artillería llegaba á treinta y dos, la mayor parte de corto calibre.

Las fuerzas republicanas que amagaban la ciudad, ascendían á veinticinco mil hombres, con abundante y buena artillería; pues aunque el general D. Adrian Magaña asienta que se componían de treinta y cinco mil, según los informes que dieron los espías, la voz general y la más aceptable era la que les daba el número que dejo referido.

1867. El gobierno de D. Benito, que se había
Marzo. establecido en esos días en San Luis Potosí, se propuso no dar tiempo á los imperialistas á levantar gente, y había enviado de golpe toda la fuerza posible con el objeto de hacer rendir á las tropas que se hallaban en Querétaro con el emperador. A las tropas que operaban ya sobre la ciudad, debían agregarse muy pronto las de los generales D. Vicente Riva Palacio, D. Juan Mendez, D. Joaquin Martinez y otros que habían recibido ya la orden de marchar á reunirse á las que sitiaban la plaza.

Considerándose D. Benito Juárez en situación muy ventajosa á sus contrarios, y juzgando que las disposiciones que revelan confianza en el triunfo aumentan la fuerza moral del soldado, hizo que se dirigiese una circular á todos los generales y jefes que operaban en diversos puntos, pero muy especialmente al general en jefe de las tropas enviadas sobre Querétaro, para que no se aceptase de los imperialistas más proposición que la de rendirse á discreción. La circular decía así: «Después de

la larga y sangrienta lucha que la nación ha tenido que sostener contra el invasor extranjero en defensa de su independencia é instituciones; cuando por consecuencia de sus sacrificios y de la constancia de sus defensores, ha visto retirarse el ejército francés, pretextando la cesación de su intervención y dirigiéndose al puerto de Veracruz á embarcarse, y cuando todos los Estados han vuelto al orden constitucional, debiendo esperarse la terminación de la guerra y el reconocimiento de una era de paz y de progreso para la república, los hombres funestos que han contrariado siempre las medidas que podían conducirla á afirmar la libertad, y que vencidos en la lucha se manchan con el crimen de traición, solicitando la cooperación extranjera, y se han asociado á ella, continúan obcecados haciendo esfuerzos inútiles con sólo el fin de satisfacer sus pasiones y de causar mayor número de males á la patria. El ciudadano presidente de la república, que ve por una parte la ansiedad de los pueblos por asegurar su bienestar y reposo, á cuyo fin se hallan armados y en campaña en gran número, y por otra á los cabecillas que los han arruinado y pretendido arrebatarles hasta su independencia, se ha servido resolver: que no se pacte con ellos capitulación ó arreglo alguno que los libre del castigo que merezcan por la enormidad de sus crímenes, sinó que en el caso de que propongan algún arreglo ó capitulación, se les conteste que sólo puede admitirse que se rindan á discreción sin condición ninguna.»

Así cada partido acusaba de traidor á su contrario y se juzgaba defensor de la independencia, sin que en realidad mereciese ninguno de los dos el primer nombre, y cuando

1867. ambos amaban con igual inextinguible ardor
 Marzo. y patriotismo la independencía y la libertad del suelo en que nacieron. D. Benito Juárez asentaba en su circular que los imperialistas habían arruinado á los pueblos «y pretendido arrebatarnos hasta su independencía.» El emperador Maximiliano en la proclama dada hacía pocos días decía á sus soldados que tuviesen presente que iban á combatir «por la suerte de la querida patria;» que no era la ciega ambicion ni el espíritu de partido lo que impelia al gobierno imperial á aquella campaña, «sinó deberes y deseos más nobles: la consolidacion de la independencía;» y en la que dió en San Juan del Río, en su marcha para Querétaro, decía: «Nuestro deber nos obliga, como á ciudadanos leales, á combatir por los dos principios más sagrados del país: por su independencía, amenazada por hombres que, en sus miras de egoismo, quieren hacer tráfico hasta del territorio nacional, y por el orden interior que se hallaba turbado del modo más cruel, con perjuicio de los ciudadanos pacíficos.» D. Miguel Miramon, en la proclama que dió en Querétaro el 22 de Febrero, acusaba al partido liberal de «haber vendido el territorio nacional á los yankees:» el general D. Ramon Mendez en su proclama de 22 de Febrero decía á sus soldados que «la campaña iba á emprenderse contra los enemigos de la patria;» y cosa igual se repetía en todas las alocuciones y manifiestos.

Cada partido, como se ve, trataba de hacer odioso á su contrario, no porque ninguno de ellos creyese de buena fé enemigo de la independencía al otro, sinó para aparecer cada cual como el único que anhelaba la felicidad del país.

Con la circular enviada por el gobierno de D. Benito Juárez á los jefes militares para que no entrasen en arreglo ninguno con los imperialistas, el general en jefe republicano D. Mariano Escobedo se veía precisado á obligar á rendirse á discrecion á las tropas imperiales que defendían Querétaro, ó á levantar el sitio en el caso en que la suerte de las armas le fuese contraria.

Con el objeto de alcanzar lo primero, había dispuesto, como queda referido, sus numerosas fuerzas para un ataque general sobre la plaza.

Todas sus tropas esperaban con impaciencia que se diese la señal de acometida.

Desde el momento que los jefes imperialistas vieron al amanecer del día 14 la actitud que guardaban las fuerzas republicanas, comprendieron que iban á dar un ataque general, y se dispusieron al combate. El convento de la Cruz, donde desde la tarde anterior se había establecido el cuartel general presentaba una animacion bélica, extraordinaria, así como la espaciosa plaza que separa ese edificio de la ciudad. El movimiento de las tropas y el entusiasmo que las animaba eran notables. El general D. Leonardo Marquez y el coronel de artillería D. Manuel Ramirez de Arellano, disponían activamente cuanto juzgaban conveniente para la defensa. Los generales Miramon, Mejía, Mendez y Castillo, en sus respectivos puntos manifestaban la misma actividad y entusiasmo. El emperador Maximiliano, vestido con el uniforme de general de division, pero llevando en vez de tricornio, el sombrero nacional llamado *jarano*, de anchas alas, galoneadas por abajo de oro y plata, animaba con su presen-

cia á los soldados que le veían en el sitio del peligro. La batería del subteniente D. Alberto Hans, joven francés, que había militado á las órdenes del general Mendez en el Estado de Michoacan, se distribuyó de manera que pudiese proteger las partes accesibles de la Cruz.

Eran las diez de la mañana cuando el cañon que los sitiadores tenían colocado en el cerro de las Carretas hizo cuatro disparos sobre la plaza, que eran la señal de ataque. Inmediatamente se desprendieron las columnas republicanas sobre los puntos que se les había señalado. El general Rocha, con su infantería apoyada por la caballería de los generales Carbajal y D. Aureliano Rivera se lanzaron sobre la línea que los imperialistas tenían por el rumbo de la puerta ó *garita* de Méjico hasta San Francisquito, al mismo tiempo que una columna, destacada por el general D. Nicolás Régules, al mando de los generales Canto y Merino, desviándose de la expresada puerta ó *garita*, por la derecha, se dirigía á atacar el panteon, formando la reserva de esa columna la division

1867. de Sinaloa, al mando del general D. Manuel

Marzo. Marquez. Otra fuerza, compuesta de la brigada que mandaba el general D. Antonio Neri y del «Primer batallon de Querétaro,» se dirigió á ocupar la espalda y lado derecho del convento de la Cruz, llevando de reserva la brigada del general D. Ignacio Zepeda, á las órdenes de este, y al general D. Felix Vega para que con la suya y la «guerrilla norte-americana» protegiese el flanco derecho de las tropas conducidas por el general Neri.

Los primeros cañonazos disparados por las baterías re-

publicanas fueron acogidos por las tropas imperialistas, con los gritos de *¡Viva el emperador! ¡Viva Méjico!* Pronto resonó por toda la línea de uno y otro campo el estruendo de la artillería, y el ataque se hizo general. El ejército liberal atacó por tres diversos puntos, que fueron la Cruz en que se hallaba el cuartel general; el puente, en la línea del río, que defendía el general D. Severo del Castillo, y la posicion entre la Alameda y Casa Blanca encomendada al general D. Tomás Mejía, que tenía á sus órdenes la caballería. Un cuarto ataque sobre el Cerro de las Campanas, no tenía otro objeto que el de llamar fuertemente la atencion de los sitiadores por aquel punto.

Todas las columnas republicanas marchaban hácia las posiciones de sus contrarios con notable ardimiento. El general Guadarrama, al frente de la caballería sitiadora, avanzó rápidamente hácia la casa Blanca y la Alameda. Al verle acercarse, salió á su encuentro con la suya el general imperialista D. Tomás Mejía, trabándose inmediatamente un reñido combate á sable y lanza. Despues de una lucha en que los ginetes de una y otra parte manifestaron su valor y su destreza en el manejo del corcel, la caballería republicana, no pudiendo resistir una terrible carga que le dió Mejía con un cuerpo de lanceros, se vió precisada á retirarse, perseguida tenazmente por más de una legua por la imperialista. El general Mejía, alcanzado este triunfo, regresó á su puesto, con setenta prisioneros que hizo á sus contrarios, que tuvieron además la

1867. sensible pérdida de ciento treinta hombres
Marzo. entre muertos y heridos.

Mientras esto pasaba en el encuentro verificado entre la caballería de uno y otro bando, una lluvia de balas y de granadas caía sobre el convento de la Cruz, así como sobre el cementerio y la capilla de que se encuentra un poco separado. Las columnas dirigidas hácia ese punto, avanzaban protegidas por el fuego de cañon, mientras hacían lo mismo otras que marchaban á apoderarse del cerro de San Gregorio, á la cabeza de una de las cuales iba el general D. Florencio Antillon.

El emperador Maximiliano, participando del peligro como cualquiera de sus soldados, se hallaba en la plaza de la Cruz, por donde pasaban silbando las balas y los proyectiles que los sitiadores lanzaban sin interrupcion en aquellos momentos. La calma y la serenidad se revelaba en todas sus palabras y tranquilos movimientos. Se hubiera dicho, á juzgar por su exterior inalterable y reposado, que asistía, no á una terrible accion de guerra donde podía resolverse en breves minutos de su vida y su fortuna, sinó á un grandioso simulacro.

En el momento en que se rompieron los fuegos sobre las posiciones imperialistas, dirigía la palabra, sin alteracion la más leve y sonriendo afablemente, al general don Leonardo Marquez y al coronel de artillería D. Manuel Ramirez Arellano, que se hallaban á su lado. Dice el subteniente de artillería D. Alberto Hans hablando de la imperturbabilidad que mostraba el emperador, cerca del cual se hallaba con su batería, que «en vano en aquellos momentos buscó en el semblante del soberano señales de inquietud;» y que «su tranquila actitud fué notada por los soldados, los cuales comprendieron instintivamente

que su jefe tenía una alma grande, lo que aumentó su confianza y su entusiasmo.»

Casi en los mismos instantes en que se desprendían de sus posiciones las columnas republicanas para atacar las que ocupaban los imperialistas, marchó el general Miramon á caballo y á todo el galope de su corcel, á donde estaba el emperador, para recibir sus instrucciones y obrar en consecuencia. El soberano le facultó para obrar libremente con la infantería, en la defensa de toda la línea del Norte. El jóven general se mostró agradecido á aquel acto de confianza, y se dirigió inmediatamente hácia el Cerro de las Campanas.

1867. Las columnas republicanas entre tanto
Marzo. marchaban hácia las posiciones de sus contrarios. Las que se dirigían á la loma de San Gregorio, trabaron un reñido combate con una fuerza imperialista que ocupaba ese punto. El general republicano D. Florentino Antillon, apoyado por el coronel Toledo y por varios cuerpos de infantería, logró quedar definitivamente dueño de la posicion, retirándose la fuerza imperialista á la línea del río, cuya defensa estaba á cargo del general D. Severo del Castillo. Las fuerzas republicanas que se habían apoderado del cerro de San Gregorio, descendieron de este con notable ímpetu para romper la expresada línea, forzando el puente, y lo mismo practicaron las que tenían las alturas de San Pablo, bajando de ellas velozmente sobre el punto referido, sostenidas por una numerosa artillería dirigida con bastante acierto, muy especialmente la establecida en frente de la Cruz.

Al ver descender á las columnas sitiadoras hácia el río,